

**HOMENAJE
A JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ**

JUAN CARLOS MÉNDEZ EN SALAMANCA Y LA PRESENTACIÓN DE UNA TARDE CON CAMPANAS



CARMEN RUIZ BARRIONUEVO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

barrionu@usal.es



Fuente: Creative Commons

En el mes de julio de 1993 en Caracas, y a través de la amistad de José Balza, conocí a Juan Carlos Méndez Guédez. Había sido invitada por el Consejo Nacional de la Cultura de Venezuela (CONAC) para impartir conferencias en centros docentes venezolanos. Fue entonces cuando la cercana compañía de Méndez Guédez propició la oportunidad de conversar y plantear un posible futuro como estudiante de doctorado en la Universidad de Salamanca. Juan Carlos había estudiado la licenciatura de Letras en la Universidad Central de Venezuela y en efecto, no tardó mucho en cumplir su deseo: En 1994 se incorporó a la Universidad de Salamanca con una beca de la Agencia Española de Coopera-

ción Internacional y llevó a cabo sus estudios de 1996 a 1999. Él fue uno de los primeros venezolanos que se sumó a las aulas salmantinas, en un momento en el que, no solo no se hablaba de la Literatura de Venezuela en España, sino que ni siquiera había venezolanos. Méndez Guédez, junto a Alberto González, y poco más tarde Juan Carlos Chirinos y Celso Medina, fueron los primeros venezolanos en un grupo de estudiantes latinoamericanos en el que predominaban mexicanos y colombianos. Superados los cursos formativos realizó su tesis doctoral, *La obra narrativa de José Balza*, que defendió en la Facultad de Filología en 2002 y obtuvo la máxima calificación de Sobresaliente *cum laude*. En ese momento el estudio de la

literatura venezolana ya comenzaba a dar sus frutos pues en el mismo año se presentó *La historia deconstruida en la novelística de Denzil Romero* de Celso Medina, ambos trabajos iniciarían la sucesiva presentación de otras tesis de estudiantes venezolanos.

La estancia de Méndez Guédez en Salamanca coincidió con los primeros años de la *Cátedra de Literatura Venezolana José Antonio Ramos Sucre*, que había sido creada el 16 de noviembre de 1993 con la firma del convenio entre el CONAC y el Rector de la Universidad. Las actividades fueron inmediatas, y en noviembre de ese año el destacado estudioso Pedro Díaz Seijas expuso un programa de literatura vene-



Fuente: hostelriasalamanca.es

zolana del siglo XIX, iniciando la presencia de numerosos poetas y narradores venezolanos en dos cursos anuales. El siguiente año, el escritor José Balza impartió el segundo curso de la Cátedra Ramos Sucre en octubre de 1994. Estos cursos se integraron en el Programa de Doctorado y años después, con la reforma de los estudios, formaron parte del Máster de Literatura.

No tardaron en despegar los *Encuentros de escritores venezolanos* acogidos entre las actividades del Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, en cuya organización, a partir de 1995, tanto se implicó Méndez Guédez; su presencia y coordinación en las primeras ediciones fueron decisivas. Promovidos por él y con mi total apoyo, se siguieron celebrando el segundo, tercero y cuarto de esos *Encuentros* que tuvieron lugar en los años sucesivos. El joven doctorando realizó una efectiva actividad para cuyo buen fin desarrollaba con gran dedicación y eficacia las tareas administrativas pertinentes, todo contribuyó al éxito de los eventos y al mayor aprovechamiento por parte de estudiantes y profesores. No se puede olvidar que en esos momentos la Cátedra Ramos Sucre estaba en sus primeros años de vida, los más difíciles y con mayor incompreensión. La intervención de Méndez Guédez fue decisiva. Solo la enumeración de los nombres que intervinieron

nos da idea del certero trabajo realizado. En el primer *Encuentro*, en octubre de 1995, asistieron José Balza, Luis Britto García, Rubi Guerra, Juan Carlos Méndez Guédez y Slavko Zupcic. En el segundo, Tarek William Saab, Rafael Arráiz Lucca, Carlos Pérez Ariza y Octavio González, en noviembre de 1996. El tercero, en octubre de 1997, contó con la presencia de Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Lázaro Álvarez y Juan Carlos Chirinos, en el cuarto, en octubre de 1998, conocimos a Elisa Lerner, Silda Cordoliani, Carlos Noguera e Israel Centeno. Fue en una de las sesiones de este último encuentro cuando se presentó la novela de Juan Carlos Méndez Guédez, *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo*, en la que intervinieron profesores y estudiantes de la Cátedra. Como vemos, el joven escritor, al mismo tiempo que realizaba sus estudios de doctorado y difundía la literatura venezolana en España, pues programaba intervenciones de los escritores en Madrid y el Ateneo de La Laguna en Tenerife, iba desarrollando su propia obra literaria. Prueba de la aceptación que tuvo entre nosotros fue que algunos estudiantes que tomaban contacto con la literatura venezolana realizaran algunos trabajos de relieve sobre su obra, es el caso de Vega Sánchez Aparicio que intervino en la presentación de la novela con “Viaje e insularidad: desplazamientos literarios en *Retrato de Abel con isla*

volcánica al fondo y *El libro de Esther*, de Juan Carlos Méndez Guédez” y más tarde, “Juan Carlos Méndez Guédez o ‘Esas trampas del olvido’: narraciones de la memoria encapsulada”, que publicó en el volumen colectivo que dio a conocer las presentaciones de la Cátedra en 2011, *Voces y escrituras de Venezuela: Encuentros de escritores venezolanos: Cátedra José Antonio Ramos Sucre*, Universidad de Salamanca / Centro Nacional del Libro (CENAL).

Primeras novelas y presentación de *Una tarde con campanas*

El año 1996 Méndez Guédez tomó la decisión de establecerse permanentemente en España y se trasladó a Madrid. Ello fue decisivo para su obra. Dos años atrás, en 1994, había iniciado su trayectoria como escritor en Caracas con el libro de relatos *Historias del edificio*, luego apareció el ya citado *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* (1997) también en Venezuela, para luego publicar en España una de sus novelas más reconocidas, *El libro de Esther* (1999). Le seguirían *Árbol de luna*, 2000 y *Una tarde con campanas* (2004) hasta conformar en la actualidad más de treinta títulos entre novelas, libros de cuentos y otros relatos.

Aunque ya asentado en Madrid, no perdió el contacto con la Cátedra de Salamanca y la relación amistosa con los nuevos estudiantes latinoamericanos y españoles que iban llegando a nuestra Universidad. Así en julio de 2006 participó en el Curso Superior de Filología “Última narrativa hispanoamericana: ¿Lejos del Boom?” celebrado del 17 al 21 de julio de 2006 en el que intervinieron junto a Méndez Guédez, Ronaldo Menéndez, Carlos Franz y cinco profesores españoles de la especialidad. Pero el acontecimiento más significativo tuvo lugar dos años antes, el 13 de mayo de 2004, en el Aula Magna de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca cuando se presentó *Una tarde con campanas*. Conservo el texto inédito que presenté en ese momento y que transcribo casi en su totalidad porque viene a evidenciar que ya era un narrador consolidado que despertaba admiración y afecto.

Tener ante nosotros este nuevo libro de Juan Carlos Méndez Guédez, *Una tarde con campanas*, es una satisfacción por muchas razones, por la amistad, por los años compartidos en esta Universidad, por los años ligados a la *Cátedra Ramos Sucre*, pero sobre todo por una muy fundamental, constatar la continuidad y la madurez literaria de un



Fuente: Ediciones Siruela

joven autor venezolano que tiene en su haber un largo número de títulos en los que se ha ido gestando una línea de trabajo, un mundo ficcional coherente, personal, y con una lúcida conciencia arraigada en su raíz venezolana. Ello le ha llevado a tratar los contactos migratorios entre Venezuela y España, dando así el salto a otros temas, consciente de que este mundo en que vivimos, con sus cambios globalizadores, empujan al escritor a otras cuestiones, a otros espacios, a los que no es posible negarse. Creo que esta lucidez del cambio del mundo que se aproximaba con el fin de siglo, la obtuvo Méndez Guédez en contacto con la realidad española, lo que le llevó a trabajar la temática de su primera novela de ambos mundos, *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* de 1997 y luego, en otros ámbitos o paradigmas, continuó en destacados títulos como *Libro de Esther* (1999) y *Árbol de luna* (2000), y en el que ahora nos entrega con un registro más, pues *Una tarde con campanas*, finalista del V premio de novela Fernando Quiñones, es un libro en el que aporta un elemento aún más vivo y cercano, yo diría que una visión todavía más palpitante, por la conjunción de una mirada infantil y sin prejuicios con la extrema dureza del tema: el de la inmigración en los barrios periféricos de la capital de España.

Si siempre resulta admirable la sólida y estudiada facilidad de la escritura de Méndez Guédez, en esta su última novela creo que

aporta un giro más: porque si las dos novelas precedentes eran textos de verbo torrencial, jugoso y vitalista, en este caso se esfuerza con la contención, la sugerente levedad, la poética ambientación del fragmento corto presentado a través de los ojos de un niño. Y nada más difícil: proponer una ficción en la que el lirismo emerja como una constante y a la vez evidencie lo inhóspito de los asideros vitales, la fragilidad del mundo, inconsciente para el niño, pero percibido en los desplazamientos de los afectos, en las distancias separadoras que traslucen a través de su contacto con el mundo adulto.

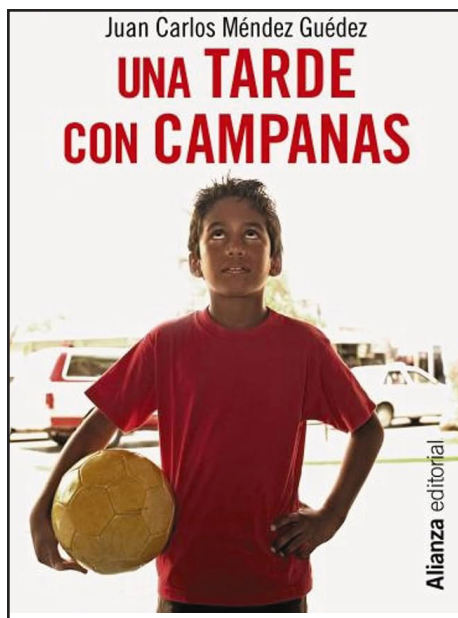
Desde las intencionadas y abundantes dedicatorias a los epígrafes elegidos, en *Una noche con campanas* se nos habla de extraños, de extrañeza del mundo, de emigración, de idas sin retorno, pues la novela es un conjunto de vivencias tamizadas por un punto de vista limitado que elige y sistematiza el material vivido, el aquí del presente y el allá recordado, por lo que su memoria simplifica y ordena; es parcial pero también significativo. Se puede hablar por eso de una duplicidad constante en el libro: el niño José Luis que presenta su vida y la de los otros, y la que el lector recompone, construye y adivina sobre un tapiz de extremada violencia, solapada a veces, otras evidente. Muchos niños hay en la literatura del pasado y del presente siglo, desde el sujeto poemático de *Ocnos* de Cernuda, a Bryce Echenique y a tantas novelas de aprendizaje, y

la novela de Méndez Guédez continúa esa tradición y la instrumentaliza, en tanto que ésta es una novela de formación, aunque el niño no crezca en el transcurso, pero en cambio tiene otras experiencias, dos trozos de vida, el aquí y el allá que ejercen un poderoso contraste.

Se observa en la composición de la novela un ejercicio de despojamiento que viene dado, como nunca antes en su escritura, por la presentación de sesenta y dos cortos fragmentos que adoptan a los ojos del lector diversas formas, imágenes impactantes, viñetas significativas, pequeños relatos que tras su entramado posibilitan la deducción del cómo y de qué manera transcurre la vida familiar de ese grupo de cinco inmigrantes de diversas edades que llegan desde una ciudad del Caribe, en el continente americano, tras cuyos indicios se descubre una ciudad venezolana. Un gran acierto del autor es la organización de esas breves teselas que sustentan imágenes poderosas apoyadas en la frágil imaginación del niño, mezcla a su vez de sensibilidad y de crueldad, ante las cuales brota la ironía.

De este modo los fragmentos de la novela se armonizan a distintos niveles, algunos son historias crueles que alcanzan el paradigma de cuentos: Historias de acá, como la del hombre que consigue el carnet de residencia después de un terrible accidente, que, en tremenda ironía, le hace sufrir frente a sus vecinos antes solidarios; la minusvalía de Ismael Prado que encubre la violencia y lleva aparejada una desmedida crueldad infantil; el rebusco de las monedas en las cabinas telefónicas que logran la inmediata felicidad de alguien. Historias de allá, como la del coche que Manuel gana en una rifa y que acaba destrozado decorando la calle, pero que representa la ilusión de su vida; la inundación que acabó con la vida familiar; la Proclama que se convierte en destructiva y burlesca parodia de los modos dictatoriales y que tanto recuerdan a emblemáticos y supremos mandatarios.

Pero hay también motivos con carácter de leitmotiv, imágenes constantes que marcan vidas y caracteres, y que pueden situarse respecto al acá y el allá vividos. De acá es el calor de Madrid que enloquece al muchacho y que le hace perder su verdadero ser, una imagen que nos lleva constantemente al desplazamiento obligado a otros sucesos y otras imágenes de las que brota el desarraigo de los humanos y su lesión en los caracteres. El hacinamiento, la precariedad, el dolor, como en el caso de la imagen de las



constantes lágrimas de la madre que muestra el contraste entre el mundo adulto y el infantil, un mundo adulto formado por los padres y los dos hermanos, Augusto y Somaira, frente a la mirada infantil que en su incompreensión se encierra significativamente a la inútil y cruel tarea de matar hormigas. Muchas imágenes del entorno son siempre expresivas en su misma y aparente falta de significación, como el sexo apenas atisbado de las relaciones furtivas de los hermanos, o algunas otras que remiten al aburrimiento y la nostalgia, y en definitiva, a la inadaptación a unas costumbres diferentes que sin embargo dejan abierta la puerta de la esperanza para el niño que comienza su vida. Pero la novela mantiene siempre el acento en el toque poemático que respeta el punto de vista infantil y se fortalece en su conjunto una enigmática imagen del presente familiar.

En ese vaivén que define la novela también ese sujeto que habla y cuenta recupera viñetas e imágenes de allá que suelen hablar de violencia familiar y social agudizada por la situación política. Imágenes salvadoras y positivas como la frase talismán del padre, “Chévere, cambur”, que muestra la complicidad con el hijo o el deseo de poseer una clave propia en un mundo inhóspito; la añoranza por el “el sol de allá”, o el guante de béisbol, simbólico elemento del pasado, inútil en la nueva sociedad. Recuerdos todos estos de un pasado que se materializan en el pupitre de la escuela o se traducen en recordados compañeros de juegos y peleas infantiles. Pero quizá la parte más impactante resulte ser la que hace referencia a las causas de esa inmigración: el problema político, que lateralmente y de forma irónica

trascibe el muchacho: “Yo no recuerdo nunca militares en mi casa. Sólo recuerdo moscas”. Pero de inmediato otros datos se suman con nitidez: el militarismo en las escuelas que se transluce en forma de collage de un álbum infantil al adosar en el texto ese “periódico con el que envolví mi guante de béisbol que en Madrid nunca uso”, junto a la intencionada “Juramentación de los niños patriotas”. Humor y hasta sarcasmo pueden percibirse en el fracaso de la esperanzada propuesta populista de los militares, que se desvanece a los pocos días o las tremendas denuncias xenofóbicas que muestran el comienzo de una larvada guerra civil en el episodio de los Serrano.

Es un mundo multicultural el que nos muestra la novela, un barrio madrileño formado por familias que malviven en cubículos inhabitables, españoles y extranjeros en los que se implanta una tensa violencia, unida al dolor de la separación, el aburrimiento, la añoranza, el desarraigo. En ellos brota el problema del lenguaje que traduce la diferente mirada intercultural. De ello puede ser irónico ejemplo la curiosa letanía de normas y errores lingüísticos que el padre recuerda al chico y que traducen la diferencia entre el español de allá y el de acá. Miedo y solidaridad se aúnan en la nueva geografía, diferente en sus estaciones que le evidencian la enfermedad y la muerte en los árboles mustios del otoño, la presencia mágica de la nieve, el impacto cultural que representa la escuela, las duras relaciones con los otros, la recogida de fruta como única posibilidad de trabajo. Aunque frente a ellos surgen momentos positivos que ayudan a la integración, como la solidaria ayuda del farmacéutico con ocasión de la lechicina de Agustina, las reuniones amistosas en el parque o las comidas compartidas, y así, aunque el niño llega a la conclusión de que “Nosotros no tenemos a nadie en Madrid” las fantasías con los amigos del barrio, Chang y Francisco, consiguen ficcionalizar el pasado de su país a través de imágenes de un jocoso realismo ilusorio que por paradoja los entusiasma y los gana como amigos. Lo que nos podría llevar a constatar en qué débiles y poco reales asideros se fraguan las relaciones humanas.

No quiero dejar de aludir, para la mejor comprensión del texto que como contrapunto de esta primera persona que habla, en la construcción de la novela son importantes los tres diálogos de las dos mujeres que viven realquiladas en el apartamento y que convenientemente distribuidos completan y ofrecen

pistas significativas, desde el punto de vista adulto, de la verdadera situación familiar y de su adaptación al mundo madrileño. A través de ellas se confirman las quejas por el calor, las dificultades de la emigración y los riesgos de los sin papeles, así como el otro costado de los personajes familiares: El problema de la bebida en el padre y la adicción al juego de la madre. Una vida de falsedad que sin embargo desean continuar porque no se vislumbra otra posible. Completando este mundo, otros tres largos fragmentos, realizados con distinta tipografía, remiten a tres noches que son también itinerarios soñados de José Luis y su amiga y guía española, Mariana, que marcan, dentro del onirismo, la irrupción de lo maravilloso en la noche de la capital. Caminos y laberintos sugieren imágenes del origen, no en vano aparece María Lionza, santa popular que obra el milagro. Ella introduce la autenticidad telúrica venezolana en las calles de Madrid, propiciando después otras santerías que en la segunda noche van en busca de la piedra blanca filosfal. José Luis, en compañía de Mariana, atraviesa entre amenazas y peligro, pero con ese sólido talismán, un Madrid desierto e inhóspito en busca de “su propia palabra”. En verdad, ambos consiguen realizar a través del soñado descubrimiento de la ciudad, un viaje imaginario en pos de la libertad que el horizonte del mar puede significar.

La novela, en definitiva, nos dice mucho de la vida y del mundo en que vivimos, construye una potente ficción, personal y significativa que deja un sabor de dureza, de mundo hostil representado de la mejor manera, a través de la inocencia y la parcialidad infantil y sin embargo creo que no es la intención final el dejar clausurados todos los caminos, pues esas campanas en medio de la noche remiten al pasado pero también a un futuro de esperanza representado en ese viaje liberador que el muchacho, junto con sus hermanos, realiza de Madrid a Salamanca.

Hasta aquí el texto que conservo. Desde entonces han pasado más de veinte años, son miles los venezolanos que residen en España, entre ellos destacados escritores. Desde entonces la obra de Méndez Guédez ha conseguido un lugar relevante en la narrativa en español y es un autor reconocido en España y en Venezuela, con una obra sólida que ha ido construyendo en estas décadas y que no cesa de proyectarse, ante lectores interesados, en universidades e instituciones europeas y americanas.